



¿Vale todo?

Alejandro Nieto

Los códigos deontológicos, por muy prolijos que sean, se encierran en una sola cuestión que todavía no ha encontrado respuesta inequívoca y cierta: ¿vale todo?

En el despacho aparece un delincuente consumado: violador brutal o estafador frío; es lo mismo. El abogado lo sabe por su propia confesión o por la fuerza abrumadora de los hechos, y su conciencia humana y de ciudadano le condena íntimamente. Pero el oficio manda y consuela al futuro defendido con palabras de aliento: «Veremos –dice– lo que se puede hacer». Luego, confunde a los testigos en el sumario y en el juicio oral, pretende anular pruebas palmarias, revuelve doctrinas, baraja jurisprudencias, retrasa actuaciones, invoca prescripciones, echa arena en los ojos del juez y, si es necesario, le recusa con malas artes; miente con aplomo, silencia lo evidente, retuerce con audacia los textos legales, mutila las sentencias que cita, negocia con el fiscal con actitudes de tahúr y amedrenta a las víctimas con arrogancia. Al final, obtiene una sentencia que le enorgullece como letrado y le avergüenza como persona. Todo vale, en suma, puesto que su deber es lavar con manos limpias la mugre del cliente. El abogado ha de ser parcial con la misma fuerza que el juez ha de ser imparcial. A cada uno le toca representar con destreza técnica el papel que le ha correspondido.

El planteamiento anterior es, con todo, demasiado simple, casi rudimentario puesto que si pesa más la conciencia personal que el deber profesional, basta con rechazar el caso a sabiendas de que siempre habrá un colega que quiera asumirlo y que nadie se atreverá a recriminárselo. Los buenos abogados se aquilatan en



los asuntos difíciles, no en los de rutina que están al alcance de cualquiera.

Ahora bien, donde la vieja cuestión de si todo vale tiene mayor importancia no es en el ámbito de los escrúpulos de conciencia –o se toma o se deja– sino en el intelectual, que es más cotidiano y parece menos dra-

«El abogado ha de ser parcial con la misma fuerza que el juez ha de ser imparcial. A cada uno le toca representar con destreza técnica el papel que le ha correspondido.»

mático. Porque lo primero es un problema individual, mientras que en lo segundo está en juego nada menos que el secreto de la profesión y hasta la misma naturaleza del jurista.

Sobre la mesa se amontonan los papeles de una consulta para la que el abogado cree tener una buena respuesta: buena por ajustada a la ley. Pero he aquí que al cliente le interesa la solución contraria, y conste que no se trata de defender un delito ni de buscar la absolución de un delincuente sino de escudriñar las leyes buscando una salida favorable. El letrado decide entonces suspender su juicio primero e inicia otro camino. Relee los textos buscando otras interpretaciones, espuma la jurisprudencia hasta encontrar algo que le venga bien (que siempre lo hay), escarba en la bibliografía, sigue con tenacidad los múltiples senderos que le ofrece Internet y muy lerdo ha de ser para no encontrar lo que le interesa. Entonces, con argumentos más o menos traídos por los pelos defiende lo que parecía indefendible y, si tiene suerte, puede ganar el pleito. La sentencia contenta al cliente y premia la habilidad del abogado, pero éste sabe que no tenía razón y está convencido de que ha roto lo que en su memoria y en su conciencia tenía por derecho y por justo. Si es así, sus honorarios cobran un sabor amargo aunque nadie le reproche lo que ha maquinado y hasta puede que le feliciten por su logro.

El peligro está en que con todas estas prácticas los letrados van creando una especie de callo profesional que embota paulatinamente su sentido de la Justicia y su respeto hacia las leyes hasta terminar por no creer más que en la ley del éxito: todo vale cuando se llega a buen puerto sin que importen ni la ruta seguida ni la calidad del destino. La Justicia es una nube lejana, la ley un muro con rendijas y portillos, las normas deontológicas una advertencia insuperable. El autor, como tantos abogados, se pregunta angustiado siete veces al día si será verdad que vale todo. ■